

Sabiduría de la sumisión y del sufrimiento

La primera carta de Pedro en el capítulo 2 nos trae el asunto de la sumisión a las autoridades, sumisión a los señores por parte de los siervos ya fue decretado. En realidad, el capítulo 3, a pesar de ser un nuevo capítulo, da continuidad a esta cuestión de la sumisión que es enfatizada en esa carta. De hecho, la sumisión es un tema particularmente cristiano que causa extrañeza y es rechazado, principalmente en el contexto pagano. Y así, conforme ya fue enfatizado, por ejemplo, en Efesios y Colosenses, aquí en el capítulo 3 el tema de la sumisión dentro del hogar vuelve a tener importancia. “Así también ustedes, las esposas, respeten a sus esposos, a fin de que los que no creen a la palabra, puedan ser ganados más por la conducta de ustedes que por sus palabras, cuando ellos vean su conducta casta y respetuosa.”

El asunto aquí se dirige a las mujeres que deben tener sabiduría no solo en cuanto a la sumisión, sino también en el silencio. Es interesante como a veces muchas mujeres insatisfechas con su marido por el hecho de que ellos no entendieron la palabra de Dios y que no estén abiertos a oír el evangelio a veces insisten con palabras con una especie de confrontación directa. Pedro dice: no es este el camino. La sabiduría del silencio y de la sumisión es lo que traerá el resultado en el corazón. Es interesante que, dentro de casa, cuanto menos hablamos y más practicamos, es lo que hace la gran diferencia. Hablando todavía a las mujeres él dice: “Que la belleza de ustedes no dependa de lo externo, es decir, de peinados ostentosos, adornos de oro o vestidos lujosos, sino de lo interno, del corazón, de la belleza incorruptible de un espíritu cariñoso y sereno, pues este tipo de belleza es muy valorada por Dios.”

Observa qué cosa interesante. Las mujeres, naturalmente, siempre muestran una preocupación por estar bellas, muy guapas; por eso hay mucha preocupación con accesorios, ornamentos y adornos. Y Pedro va a decir: mira, no es que eso sea un problema, pero la fuerza real de una mujer que teme a Dios no está en la apariencia exterior, porque de hecho todo el mundo sabe, incluso las propias mujeres, que con el tiempo la propia belleza externa, toda la belleza aparente, necesariamente disminuirá e incluso desaparecerá.

Por lo tanto, es importante invertir en la belleza interior, en lo íntimo, en el espíritu dócil y tranquilo, porque es de gran valor para Dios. ¿Por qué? ¿Por qué es esto tan importante? Porque las santas mujeres del pasado, las verdaderas modelos según Dios mostraban esa actitud. Así que ellas se adornaban y ponían su esperanza en Dios y también se sujetaban cada una a su marido. “Porque así era la belleza de aquellas santas mujeres que en los tiempos antiguos esperaban en Dios y mostraban respeto por sus esposos.”

Era el caso de “Sara obedecía a Abrahán y lo llamaba señor. Y ustedes son sus hijas, si hacen el bien y viven libres de temor.” Así que observa que esta sumisión que el cristiano debe tener en la sociedad también es enfatizada para el ambiente del hogar, principalmente enfocando el papel de la mujer que debe entender a su marido como cabeza, como la persona que debe ser considerada de manera digna, con

respeto, conforme a la enseñanza del Nuevo Testamento. Pero los maridos también tienen una manera diferente de mostrar y someterse a su mujer.

Pero, no es sencillamente dar oídos a todo lo que ella dice ni aun obedecerla. El enfoque aquí es diferente. Ellos deben ser “sean comprensivos con ellas en su vida matrimonial. Hónrenlas, pues como mujeres son más delicadas”, como dice el versículo 7, considerándola... “y además, son coherederas con ustedes del don de la vida. Así las oraciones de ustedes no encontrarán ningún estorbo.”

La idea de considerar a la mujer como vaso más frágil tiene que ver con la diferencia principalmente emocional entre el hombre y la mujer; y los hombres deben tener una sensibilidad más adecuada para entender la realidad de sus mujeres y esto es una manera de someterse a ellas, considerándolas con dignidad y honra. Por lo tanto, sumisión es la palabra de orden para el verdadero cristiano. Quizás ya estés desanimado al oír sobre sumisión; y eso ya trae tanta tristeza y preocupación, pero ahora la cosa se va a poner peor aquí en Misión 66, pues el asunto es sufrimiento para mucha gente; será señal de tormento. Pero mira lo que Dios está diciendo: “únanse todos en un mismo sentir”, dice el versículo 8, “sean compasivos, misericordiosos y amigables; ámense fraternalmente y no devuelvan mal por mal, ni maldición por maldición. Al contrario, bendigan, pues ustedes fueron llamados para recibir bendición. Porque... “«El que quiera amar la vida Y llegar a ver días buenos, debe refrenar su lengua del mal, Y sus labios no deben mentir. Debe apartarse del mal y hacer el bien, buscar la paz, y seguirla. Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos están atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está en contra de los que hacen el mal».”

El verdadero cristiano debe tomar como dirección en su vida y su postura, una vez más enfatizada, de nunca vengarse, nunca devolver el mal con el mal. Debe buscar la paz, debe evitar hablar mal de los demás; y debe ver la gran realidad de que Dios está observando todo y él es el justo juez y los ojos del Señor están viendo lo que hacemos y su rostro está en contra del que practica el mal. Por lo tanto, el énfasis está en la práctica del bien.

En el versículo 13 dice: “¿Quién podrá hacerles daño, si ustedes siguen el bien? ¡Dichosos ustedes, si sufren por causa de la justicia! Así que no les tengan miedo, ni se asusten. Al contrario, honren en su corazón a Cristo, como Señor, y manténganse siempre listos para defenderse, con mansedumbre y respeto, ante aquellos que les pidan explicarles la esperanza que hay en ustedes. Tengan una buena conciencia, para que sean avergonzados aquellos que murmuran y dicen que ustedes son malhechores, y los calumnian por su buena conducta en Cristo. Es mejor que ustedes sufran por hacer el bien, si Dios así lo quiere, que por hacer el mal. Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios.”

Observa que la sumisión es una realidad para el cristiano y el sufrimiento también es parte de esta carrera que Dios nos trae. No nos debe parece extraño, no debemos enojarnos, no debemos entender que Dios está trabajando así por muy raro que parezca. Al fin y al cabo, Cristo también pasó por esa situación. Él sufrió por nosotros,

y el texto va a entrar en detalles interesantes y sorprendentes al final de este capítulo 3. “En el cuerpo, sufrió la muerte; pero en el espíritu fue vivificado; ¹⁹ en el espíritu también, fue y predicó a los espíritus encarcelados”

Esta sí que es una historia impresionante. “...a los que en otro tiempo desobedecieron, en los días de Noé, cuando Dios esperaba con paciencia mientras se preparaba el arca, en la que unas cuantas personas, ocho en total, fueron salvadas por medio del agua. Todo esto es símbolo del bautismo (el cual no consiste en lavar las impurezas del cuerpo sino en el compromiso ante Dios de tener una buena conciencia) que ahora nos salva por la resurrección de Jesucristo, quien subió al cielo y está a la derecha de Dios, y a quien están sujetos los ángeles, las autoridades y las potestades.”

El sufrimiento de Cristo, que fue absolutamente recompensado por su glorificación y su resurrección, va a ser más enfocado aquí, diciendo que él predicó a los espíritus en prisión, una referencia a una especie de proclamación de Cristo a aquellos que fueron parte de la época de Noé, conforme dice el texto. Y aquí hay un paralelo entre aquella especie de salvación y de redención por medio de las aguas, con el bautismo en los versículos 20 y 21. Pero, en realidad, esta limpieza, esta salvación, tiene que ver con una nueva vida que involucra nuestra conciencia de Dios y no con una especie de limpieza meramente ceremonial. Cristo resucitó, está a la derecha de Dios, fue vencedor, a pesar de todo lo que le pasó. En la vida de Cristo se destaca su tremendo sufrimiento y también su completa sumisión, que deben ser las directrices de la vida de todo verdadero cristiano.